

CUANDO MEAR PARECE IMPOSIBLE

Mientras sus amigos, en el comedor hacían honor a unos bocaditos compuestos por *antxoas* marinadas con vinagre de manzana y un toque de eneldo acompañadas de tiras paralelas de pseudo-caviar, unas cazuelitas de bacalao con un espeso y prometedor *pil-pil* al lado de unos pulpos salteados, una bandeja con *kokottas albardadas*, junto a unos cestillo con pedazos de pan de tres clases para degustar unos aceites preparados al efecto, el Caminante vigilaba la cazuela donde se terminaban de hacer, de ahí el cuidado y la atención de que era objeto la misma, unos *txipirones de anzuelo* traídos en su último viaje que rellenos de sus propias extremidades se hacían lentamente en una base de cebolla delicadamente confitada, mezclada con la propia tinta del *txipirón*

Mientras el Caminante cocinaba le acerqué un vaso de vino al mismo tiempo que le preguntaba si había escrito algún artículo más con relación a sus viajes. Le ando vueltas a un tema, me contestó, pero no estoy seguro, si consigo darle forma, lo quiero titular, CUANDO MEAR PARECE IMPOSIBLE.

A mi opinión sobre la rudeza del título me espetó, jocosamente, si no sería yo, como aquella cursi monjita que en sus oraciones en lugar de *Dominus meo* decía *Dominus orino*.

Bueno, bueno, dije, el artículo es tuyo y puedes ponerle el título que quieras, sólo era una opinión.

En el fogón humeaba una olla en la que se cocinaba una sopa de pescado. El Caminante me aclaró que, como dice un conocido cocinero, es una sopa *con fundamento*, pocas cosas pero cuidadosamente elegidas, cabeza de rape, cuatro *mojjiones*, cuatro gambas un poco de tapioca para espesar, sal al gusto, algo de perejil bien trinchado y un huevo desleído al servir era suficiente. No conviene abrumar al gusto con demasiados sabores y aromas, añadió el Caminante.

Una fragancia a vainilla, –que se

extendía por toda la casa– escapaba de un puchero donde unas peras se cocían en una mezcla de vino y azúcar.

En una bandeja, unos espárragos, aun calientes, habían sido hervidos al vapor con una pizca mantequilla, sal y algo de pimienta blanca.

La cena transcurrió plácidamente acompañada de un buen *Txakolí* que en nada desmerecía de los Albariños y Verdejos que también fueron utilizados en la velada. Las peras al vino tinto con su aroma de vainilla cumplieron con su función de postre. Siguieron los cafés y, como no podía ser de otra manera hubo una degustación de diferentes orujos servidos de pequeñas garrafas sin marca.

Volví a insistir otra vez sobre el artículo pendiente rogando al Caminante nos anticipara algo del mismo

No se hizo mucho de rogar, sorbió un poco del último orujo probado y comenzó diciendo.

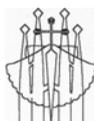
El nombre de un pueblo desviado de una lógica ruta apareció en el mapa con la atracción que un imán pueda ejercer sobre las limaduras de metal, Santiago de la Espada, al sureste de la Sierra de Segura, provincia de Jaén. Su altitud 1340 metros, unida a una primavera remisa propiciaba una temperatura sensiblemente fría a la que aquel día acompañaba una persistente lluvia.

Sabido es que el Caminante prefiere un cumplido paraguas que cualquier otro tipo de protección para el agua. Siempre dice que no ha visto nunca un pastor con capa o poncho, así que desplegó su paraguas, amplió caparazón que cubría cumplidamente persona y mochila y pacientemente siguió la ascensión por la interminable carretera.

Hacia ya tiempo que venía notando cierta necesidad a la cual daba largas por la natural pereza que supone *descomponer la figura* conseguida después de algunas horas de marcha para tratar de aliviar su cada vez mayor deseo de mear. Cualquiera que haya caminado un poco conoce lo que les cuesta, a las cosas que se llevan encima, alcanzar ese equilibrio en el que parecen molestar menos

Quizá debiera explicar la justificada pereza de nuestro amigo como consecuencia de la problemática que presentaba su indumentaria y complementos de marcha.

A la normal mochila debía añadirse una bolsa que por oposición a la típica riñonera llamaremos bolsa ventral en la que alojaba la



cámara fotográfica, el GPS, unos pequeños prismáticos, la cartera, una navaja, la linterna, las baterías para la cámara y las tarjetas para la misma. Una bolsa en bandolera albergaba, el cuaderno de ruta, el cuaderno para notas y dibujos, algún botellín con agua y raciones de subsistencia para sus altibajos de azúcar amén de las mil cosas que recogidas por el camino llevaba encima antes de ser enviadas a casa por correo. Una especie de cazadora quitavientos, un sombrero y las gafas colgadas de un cordel completaban su indumentaria.

A esto debe añadirse el que, aunque en pleno campo cada hijo de vecino tiene sus manías en cuanto al escenario que considera apropiado para utilizar como mingitorio. Pero ya no podía darse mayor dilación. Ya era perentorio que con permiso o sin él, el líquido sobrante de su organismo tratara de ser excretado, así que se alejó un cierto trecho de la carretera, ¡no vaya a ser que! Y se dispuso a satisfacer la ya imperiosa necesidad. No contaba con la serie de impedimentos y trabas que conllevaba la preparación. La bolsa ventral se resistía a girar sobre la cintura para dejar practicable la bragueta.

La bolsa lateral tampoco ayudaba a la preparación. El paraguas que en la marcha se mantenía dócil encima del hombro rodaba ahora por el mismo aprovechando la pendiente arrastrando en su movimiento al sombrero. La bragueta del pantalón se cerraba con botones que dificultaban su apertura debido a que el frío había entumecido sus dedos. Por alguna razón extraña ese día llevaba calzoncillos sin la cómoda abertura diagonal, y por si fuera poco ése mismo frío, es una contradicción real, pero el frío había empequeñecido enormemente el tamaño del miembro facilitado por la naturaleza para esos menesteres. Se acordaba ahora de aquella novicia que habiendo visto a un señor en los urinarios del tren comentó a la hermana con la que viajaba "mire hermana, ¡que práctico para los viajes!".

A todo esto la orden de evacuación ya había sido dada al cerebro y este la había cursado al esfínter de la vejiga, con lo cual

todo el proceso se encontraba angustiosamente en marcha sin que el Caminante hubiera resuelto los problemas creados por indumentaria y clima.

La verdad era que visto de lejos presentaba una singular estampa. El paraguas, por su caña, era sujetado por la cabeza firmemente ladeada sobre el hombro. El barbuquejo del sombrero caído sobre la espalda enredado con el cordel de las gafas amenazaba con seccionar su yugular. La bolsa bandolera en la espalda tiraba de esta hacia atrás por efecto de su peso. La ventral, cual vientre de mujer embarazada, seguía en el mismo sitio impidiendo ver las manipulaciones que sobre la bragueta llevaba a cabo el Caminante, las piernas abiertas firmemente asentadas sobre el terreno y, cuando creyó que ya podía hacerlo fue cuando apareció la campesina con la vaca. Vaca y campesina miraron sorprendidas la peregrina y cómicamente contorsionada figura del Caminante, siguiendo su camino después de algunos segundos de estupefacta contemplación.

Pero la orden había sido dada. Fue entonces cuando el Caminante comenzó a sentir que una

tibia humedad le corría desde la ingle hasta el tobillo. La ausencia de ruido le hizo darse cuenta exacta de la situación. Ni la señora huía de lo que pudiera interpretarse como un exhibicionista actuando en plena naturaleza, ni él había conseguido sacar el "que práctico para los viajes" de su madriquera.

Aguantó nuestro amigo las naturales risas y jocosos comentarios de la concurrencia, tomó otro sorbito de orujo y dijo: me pregunto, y repitió quedo, me pregunto si a las chicas les resultará más fácil estos menesteres en campo abierto o la monjita, por algo decía lo práctico que parecía resultar para los viajes el masculino apéndice del viajero en los aseos del tren y del que él no había podido hacer uso.

Pero la orden había sido dada. Fue entonces cuando el Caminante comenzó a sentir que una tibia humedad le corría desde la ingle hasta el tobillo. La ausencia de ruido le hizo darse cuenta exacta de la situación. Ni la señora huía de lo que pudiera interpretarse como un exhibicionista actuando en plena naturaleza, ni él había conseguido sacar el "que práctico para los viajes" de su madriquera.

El amigo del Caminante

